

viré convenientemente. Todo el mundo nos respetará. Yo daré buenos consejos á Ricardo y estimularé su ambicion. De este modo y andando el tiempo, el gobierno lo designará para diputado. Volveremos á París. Mi belleza es sólida, como usted ve, y durará todavía para entonces. Una vez en París, nadie me reconocerá, pues aquella sociedad se remuda cada cuatro años, y además nosotros viviremos en un círculo que hoy nos es completamente ageno. Ricardo es elocuente... Hablará en el cuerpo legislativo... ¡y quién sabe!—Ya ve usted que mis inclinaciones son dignas, son honradas. ¡Y cómo me admirarán los hombres en los bailes de las Tullerías! Yo tengo una espalda y unos hombros muy aristocráticos, y el conde me dice que con el vestido de corte pareceré una duquesa. Yo fui una noche escotada á los Italianos, á palco de primer piso, que cuesta muy caro... y todo el mundo reparó en mí, tomándome por una señora *comm'il faut*. A mí me gusta mucho el campo... y vivir sola con las flores, que la hacen pensar á una en el buen Dios. Yo quisiera tener una quinta que me costase 15,000 francos de alquiler, con una cascada artificial, una gruta, dos cabras y un bosque bastante grande para que no la viesan á una cuando se escondiese allí para leer un libro de Alfonso Karr. ¡Oh!... yo amo mucho la naturaleza... Yo soy buena, Dios mio... Yo le he enviado una vez á mi madre á Burdeos un chal que solo me habia puesto diez ó doce veces, y que le costó á mi esposo 300 francos... un chal muy bonito, que me iba muy bien con cierto sombrero blanco que le vendí á Lucila por la mitad de su precio... ¡Oh! caballero, yo tengo un alma. Yo sé que hay *algo*... Nosotros no somos como los perros. Yo he llorado en el teatro una porcion de veces...

En esto habíamos subido por una oscura y retorcida calle de árboles hasta lo alto de una montaña que se llama, me parece, *la Celle-Saint-Cloud*, toda ella sembrada de palacios, quintas y bosques de dominio particular.

En lo alto de la cuesta habia un *restaurant*, ¿qué digo *restaurant*? un verdadero *hotel* campestre. Las señoritas se manifestaron muy cansadas. Eran ya las dos de la tarde. Hicimos, pues, alto en aquel lugar.

Mas ¿para qué he de referiros los pormenores de las muchas horas que duró todavía esta singular aventura?—Básteos saber que pasamos allí la tarde jugando al billar; que comimos en un precioso jardín de aquella casa; que comó estábamos á legua y media de la casa de Mauricio, no nos atrevimos á volver á ella en la oscuridad de la noche por miedo de perdernos; que á la mañana siguiente á eso de las nueve estábamos otra vez jugando al billar, esperando el almuerzo, que fue espléndido; que despues de almorzar jugamos al *ecarté*; que á la tarde bajamos en casa de Mauricio; que cuando llegamos allá habia partido ya el tren para París; que nos vimos por consiguiente obligados á dormir tambien aquella noche en el campo, y que por no tener bastantes camas el buen pescador, decidimos Iriarte y yo irnos á su casa de Chatou.

Creo inútil decir que seguíamos fieles á nuestro juramento de tratar á Alicia y Lucila como á dos amigas.

Ellas vinieron á despedirnos hasta la orilla del rio.

—Mañana á las ocho nos reuniremos en la isla para marchar juntos á París, las dijimos al embarcarnos. Almorzaremos bajo los árboles y partiremos en el tren de las diez.

—Está convenido, respondieron ellas.

Vogamos, pues.

Eran las seis de la tarde.

Apenas quedaba en el cielo una leve claridad del agonizante crepúsculo.

La isla, á la cual nos dirigiamos sesgando las aguas contra corriente, aparecía negra y silenciosa como un largo ataúd.

En la orilla que abandonábamos se percibian aun las graciosas figuras de las dos parisienses, que cantaban con argentinas voces aquel malicioso estrivillo:

*La paix est faite...
ma foi... tant pire...*

De pronto, y cuando nos hallábamos en medio del Sena, tropezó nuestra barca con un objeto que bajaba lentamente por el rio.

—¿Qué es eso? preguntó Iriarte, que remaba de pié en medio del bote.

Yo iba sentado á proa... pero el horror no me dejó decir al pronto lo que habia visto.

Habia visto una faz amoratada, una barba y unos cabellos negros, unos ojos en blanco, un cuello de camisa y una corbata; una lúgubre cabeza, en fin, que salía de entre las aguas como de entre los pliegues de un inmenso sudario...

—¡Es un ahogado! exclamé por último.

—¡*Un noyé!* gritó Mr. Iriarte.

El canto de las jóvenes se interrumpió por sus gritos.

—¡Un ahogado! ¡Un ahogado! repitieron varias voces en casa de Mauricio.

Nosotros pugnábamos por echar mano al cadáver; pero no nos lo permitian nuestra torpeza, nuestra misma turbacion y las viradas de la barca al tropezar con él.

Un momento despues se hallaba Mauricio en otra barca al lado de la nuestra.

—¿Qué vais á hacer? nos dijo.

—Queremos sacarlo, respondí yo.

—¿Para qué? ¿No veis que está bien muerto?

En efecto, el cadáver estaba hinchado.

—¿Qué importa? dije yo.—¿Hemos de dejarlo ahí? Ayudadnos á sacarlo.

—No haré tal, respondió Mauricio, ni os aconsejo que lo hagais. Tendríamos que avisar al alcalde de Bougival. Este nos pondria presos y nos llevaria al pueblo. Pasariamos la noche y el dia de mañana en declaraciones, careos é interrogatorios insultantes, y quién sabe si reconocerian al cabo nuestra inocencia! Yo tengo enemigos en Bougival. Ese desgraciado se tiraria probablemente por un puente... allá en París... No tendria dinero ó le perseguirian por deudas... No es el primero que ha pasado por aquí desde que soy pescador. Mañana, con la luz

del día, verán cruzar ese cadáver desde algun pueblo de la ribera y le sacarán sin esponerse á nada. Lo que á mí me sorprende es que este cuerpo haya estado en el río todo el día de hoy sin que nadie lo vea, y esta misma reflexion nos haria la justicia de Bougival... ¡Ah! es un mal negocio. Dejémoslo así y procuremos nosotros dormir mas abrigados que ese pobre caballero.

—Mauricio tiene razon, dijo Iriarte. Esta aventura nos atraeria muchos compromisos. Repare usted que hace días llevamos una vida que no tiene fácil esplicacion, sobre todo á los ojos de un alcalde.

Yo habia resuelto ya tambien dejar á Dios todo aquel drama, cuyo desenlace acabábamos de entreveer; pero seguí con la mirada el punto negro que marcaba sobre las ondas la cabeza del suicida, hasta que lo vi desaparecer en un recodo del río.

Con esto, dimos las buenas noches al pescador, que rigió su bote con direccion á su casa, y nosotros seguimos vogando hácia la isla de Croissy.

Diez minutos despues estábamos en Chatou.

Al día siguiente, cuando nos levantamos, de todo teníamos gana Mr. Iriarte y yo, menos de continuar las aventuras del día precedente.

El encuentro con el ahogado habia ennegrecido nuestra imaginacion.

Cumplimos, sin embargo, nuestra promesa, y concurrimos á la cita á la hora prefijada.

La isla estaba desierta.—Fuimos en casa de Mauricio, y allí supimos que nuestras dos amigas, espantadas tambien por aquel siniestro lance, habian levantado el vuelo hácia París en el primer tren de la mañana, encargando á la viejecita que nos presentase sus excusas.

Mucho nos alegramos de esto; pero lo mas singular es que yo no sentia el menor deseo de volver á París.

El día estaba hermoso. Bougival se distinguia allá abajo, á la orilla del río, tan gracioso y sonriente como la creacion de un artista. Mi *toilette* se habia reparado, gracias á Mr. Iriarte, lo cual se hacia ya muy urgente, pues recordareis que cuando salí de mi casa hacia tres días, solo era mi intento hacer una visita en la ciudad. En la serena atmósfera de la mañana vibraban los ecos de una campana remota que tocaba á misa. Carlos y Sofia, los hijos de Mauricio, se disponian ya para ir á la escuela del pueblo. La idea de París me causaba vértigo y disgusto.

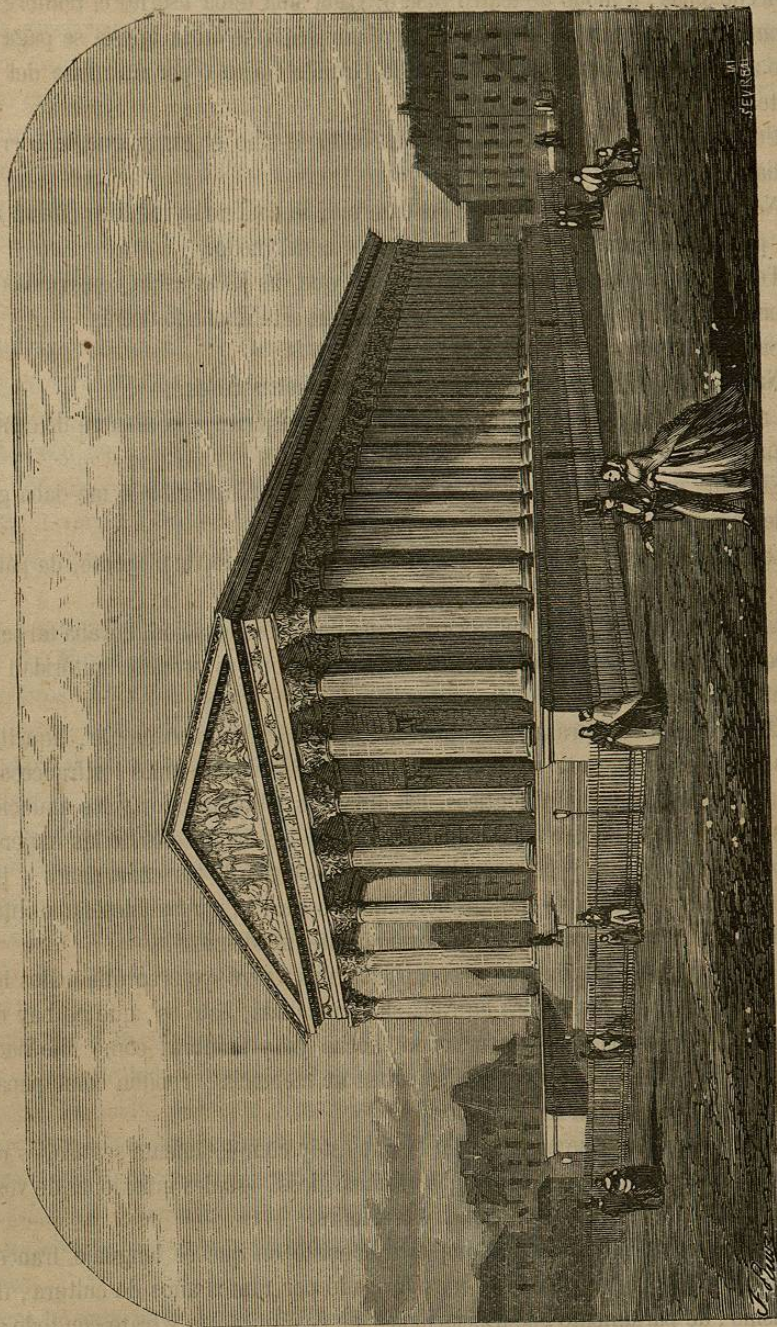
—Vámonos á Bougival, dije á Mr. Iriarte.

—Sí, vengan ustedes, exclamaron los niños. Hoy hay una misa solemne en la iglesia.

—Vamos á Bougival, añadió mi buen amigo.

Emprendimos la marcha.

Por el camino fuimos encontrando mucha gente que acudia á la misa desde las casas de campo de la comarca. Algunas elegantísimas damas iban en soberbios carruajes. Sofia nos dijo el nombre de bastantes de ellas, y entre estos nombres oimos algunos muy ilustres en la antigua historia de Francia.



Iglesia de la Magdalena en París.

Una vez en Bougival, dejamos á los niños en la escuela, y nos dirigimos al templo.

Este es antiquísimo y de severa arquitectura. Todo él estaba ocupado por

hileras de sillas, á modo de teatro casero. Cada silla tenia escrito el nombre del *abonado* á quien pertenecia. Es decir que por sentarse en la iglesia se paga un tanto al año, como por una butaca de la Grande Opera ó por un nicho del cementerio.

Un acomodador cuidaba de que nadie ocupase sino el lugar que le correspondia.

Nosotros permanecemos de rodillas ó de pié, lo cual no se me hizo cuesta arriba, pues estaba acostumbrado á oír misa de aquel modo.

Todo el público leia. He olvidado decir que las sillas están construidas de manera que cada una sirve de reclinatorio al que está abonado detrás.

Salió la misa.

Naturalmente habian de chocarme en ella muchas cosas.

La música me pareció bastante profana en su espíritu, y la manera de cantar sumamente melodramática.

El latin, pronunciado á la francesa, se me hacia ininteligible ó me daba ganas de reir.

Las reverencias del sacerdote tenian algo de mundano, de elegante, de palaciego.

La plática que dirigió al auditorio despues de la consagracion, llevaba tal sello de sociabilidad, de cortesania, de finura profana, que ni revelaba autoridad ni me infundió respeto.

El cura habló á la razon, aduló á sus ovejas, y empleó en fin, aquellas frases comunes, vulgares, estereotipadas sobre los labios de todos los franceses, que hacen semejantes, si no idénticos, los discursos del emperador y los anuncios de los perfumistas, las arengas de los generales y los manifiestos de las mujeres sensibles, los sermones y las comedias, los prospectos de los charlatanes y los folletines de los periódicos.—El mismo enfático estilo, la misma filosofia utilitaria, el mismo solemne tono, los mismos ademanes académicos.

Acaso haya en esto algo de preocupacion mia; pero yo creo que todos los franceses dicen una misma cosa en cada situacion dada, esto es, que no hay en toda Francia sino una sola conversacion (hecha ya y fiambre, como dije hace algun tiempo), conversacion que todos saben de memoria y repiten como papagayos en cada circunstancia de la vida.

Yo creo eso; y lo que no creo; de lo que estoy completamente seguro, es de que todos emplean en el discurso unos mismos giros, iguales inflexiones de voz, idéntica forma de periodos, cláusulas y oraciones.

Dicenme personas entendidas que esto consiste en que el lenguaje francés está muy trabajado, muy batido, muy formado por tantos años de cultura, de periodismo, de parlamento, de asociaciones, de comunicacion y trato con todo el mundo, y tambien en la índole expansiva, locuaz y propagadora del pueblo francés; pero yo juzgo que además entrará por algo en esta monotonía de la conversacion y poca originalidad de los pensamientos, la falta de caracteres, la abdicacion individual, el abandono de la conciencia propia.—Dicho se está que

escluyo de esta regla á los grandes escritores, á las eminencias, á los entendimientos escepcionales; pero la generalidad, la inmensa vulgaridad de Francia, consulta mas su memoria que su corazon, y dice lo que sabe, sin saber muchas veces lo que dice.

Afortunadamente, aquel dia no era la misa de precepto. En este caso, me hubiera remordido la conciencia como si no la hubiera oido. Y es que durante toda la santa ceremonia no tuve ni un solo momento de devocion, entregado á los pensamientos que habeis visto y á otros muchos mas trascendentales. Yo pensaba en la *Diosa Razon*, en la filantropía, en la ocupacion de Roma, en los premios á la virtud, en el suicida de la tarde antes, en las esposas de alquiler, en el sufragio universal, en Lamoriciere y los legitimistas, en el derecho al trabajo, y en otras muchas cosas que apreciaremos en conjunto cuando epiloguemos nuestras observaciones antes de salir de Francia.

Tampoco me parece oportuno seguir refiriéndoos tan prolijamente todo lo demás que me ocurrió en los tres dias que permaneci todavia en el campo sin resolverme á volver á Paris. Yo os supongo ansiosos de regresar á la gran capital, de la que no os alejará como á mí no sé qué misteriosa enfermedad del alma.

Os hago gracia, pues, de acompañarme en mi escursion á la magnífica quinta de *Monte-Cristo*, construida por Alejandro Dumas cuando escribia *Los Mosqueteros*. Esta quinta, en que empleó muchos millones, se haya situada á media legua de Bougival. Ya no le pertenece al gran novelista, sino á un comerciante, si no me equivoco. Es un conjunto fantástico de palacio, fortaleza y villa italiana.

Yo la hubiera visitado detenidamente cuando pertenecia al popular escritor. Hoy me ha causado tedio verla en poder de otro, y la he saludado al paso y sin respeto.

Tambien os dispense de recorrer conmigo otros muchos parajes campes- tres en que nunca dejé de encontrar una fonda cuando menos, y periódicos del dia.

Volvamos á Paris; pero no por el camino que ya conocemos.

A un tiro de bala de la casa del pescador, pasa un ferro-carril americano ó de sangre. De media en media hora cruza por allí un enorme ómnibus que recoge la gente de la orilla izquierda del Sena y la lleva á Rueil, en donde toma el camino de hierro de vapor que me trajo á mí á Chatou.

Esperemos el ómnibus junto á esta garita de madera que marca la estacion de la *Bajada de la Jonchere*, por donde se va á la *Celle-Saint-Cloud* que ya conocemos.

Pero hé aquí ya el inmenso vehículo atestado de gente...

Algunos bajan y nosotros montamos.

Un solo caballo, recio como un elefante, arrastra á cincuenta personas.

Demos un adios á estos pintorescos sitios, donde he pasado cerca de una semana sin propósito anterior ni ocasion ninguna para ello.—Yo no diré que he

perdido esos días. ¿Qué días son los que no se pierden?—Solo sé que he vivido. Lo mas que concederé es que he vivido *entre paréntesis*.

El ómnibus se para delante de un palacio.

El conductor grita ¡*la Malmaison!*

Ahí vive la reina Cristina, madre de la reina de España.

Ahí murió Josefina, la esposa repudiada por Napoleon.

Nadie sube al ómnibus ni nadie baja de él.

Continuamos, pues, nuestro camino.

Hémos ya en Rueil... Hemos llegado á tiempo... Los rugidos del tren resueñan á poca distancia...

Aquí lo tenemos... Asaltemos un coche... Suenan la señal...

Estamos en París.

Así va el siglo.

VII.

Dos conciertos.—Muerte y entierro de la duquesa de Alba.

Una vez en París, no creais que me dediqué á la contemplacion y exámen de sus obras de arte, al estudio de su historia, ni á la poesía de sus recuerdos.

Nada de esto cumplía á mi propósito.

Lo que yo tenia que observar y aprender en París era la manera de ser de sus habitantes, las costumbres, el estado social, la vida humana.

Permanecí, pues, en aquella capital mes y medio dejándome llevar por el acaso, penetrando en todas partes hasta donde me lo permitian mis medios y no desperdiciando ocasion ninguna, por trivial y nimia que pareciese á primera vista, en que hacer uso de mi lente filosófico. Así es que llevé la vida de corbata blanca y la vida sin corbata; bajé, subí; fui á los bailes mas encopetados y á los bailes de las *barreras*; á los museos y á los cafés, á los restaurant de primer órden y á los establecimientos de *Bouillon*; á los entierros y al *casino* (rue Cadet), al teatro Francés y al teatro *Seraphin*; comí cada día en un sitio distinto, y dormí cada noche en un barrio diferente; hablé con muchos pordioseros y con algunos príncipes, con bailarinas y con hermanas de la caridad; paseé por el bosque de Boloña y por el Jardin de plantas; conocí al literato de reputacion europea y al bohemio sin reputacion; aproveché y esploté la locuacidad de todo el mundo, haciendo que me contasen su historia desde los cocheros que me llevaron en cabriolé hasta el centinela que me volvió atrás con un *c'est defendu*, desde el que me vendió pomada hasta el que me pidió limosna, desde la actriz hasta el mozo de café, desde el sabio hasta el obrero; y por la noche, ó en mis ratos de soledad, ó en mis escursiones al campo, me dediqué con afán á combinar tan diversos elementos, á convertirlos en sustancia, á darme cuenta, en fin, de la suma total que rendian mis encontradas observaciones, ó sea del oro y de

la escoria que resultan cuando se funde en un cerebro español cierta cantidad de vida de París.

Indudablemente, algun deseo me impulsaba á esta multiforme investigacion; alguna cosa buscaba yo con impaciente anhelo en el corazon de la sociedad francesa:—¡Oh! yo buscaba una verdad en medio de tantas farsas y mentiras; yo buscaba el por qué de las cosas, el objeto, el fin, el ideal de la vida moderna; la fé, la creencia, el interés supremo de la actual civilizacion, su eje; su polo, su término adorado.... ¿Y qué encontré?

Yo no pudiera conducirlos de la mano á presenciar hora por hora cada uno de los variados espectáculos que constituyeron mi vida de París. Esto seria interminable. Yo os daré mis impresiones en conjunto, ó cuando menos, agrupadas. En nuestra escursion al campo hemos ensayado el método narrativo, y ya habreis reparado cuánta prolijidad requiere. Mas adelante, cuando viajemos de prisa, lo emplearemos nuevamente; pero ahora, para daros una idea de cuarenta y tantos días de continuadas observaciones en una misma capital, tengo que limitarme á resumir mis juicios y establecer ciertas conclusiones, que os suplico acepteis sin discusion, relevándome de aducir sus fundamentos.

Pero antes de emprender esta tarea, bueno será que respireis algunos instantes un aire mas puro que hasta aquí; bueno será que os arranque por un momento de la nefítica atmósfera de las costumbres parisienses y os conduzca á otra etérea region en que el espíritu tiende sin recelo sus invisibles alas. Esta digresion os proporcionará además la dicha de conocer á uno de los hombres mas ilustres de nuestro siglo.

Es, pues, el caso que habiendo yo encontrado en París á mi ilustre y antiguo amigo Jorge Ronconi, á quien debo las mas profundas emociones que haya producido nunca el arte en mi alma, y á quien toda Europa admira como á uno de los genios mas poderosos que han aparecido sobre la escena, recibí un sábado una carta suya en que me llamaba á comer, con espresa recomendacion de que fuese vestido de etiqueta.

Ronconi es uno de los hombres de mejor humor que yo he conocido: así es que me creí objeto de una de tantas bromas como nos hemos dado en su célebre cámen de Granada; pero por lo que pudiera suceder, echéme una corbata blanca en el bolsillo, y acudí á su casa á la hora de comer.

El esposo de *Maria di Rohan* me aguardaba sentado ya á la mesa y ceremoniosamente vestido, aunque no tenia mas convidado que yo.

Era indudable que pensaba llevarme á alguna casa luego que comiéramos. Yo le rogué muchas veces que me dijera de qué se trataba; pero él no me lo quiso declarar: hablóme, sí, de que me esperaba una gran sorpresa, y de este modo trascurrió la comida y salimos á la calle.

En la plaza de la Magdalena tomamos un carruaje de alquiler.

—Al ferro-carril del Oeste, dijo Ronconi.

Mi curiosidad subia de punto. ¿Ibamos á esperar á alguien? ¿Tenia aquello algo que ver con mis aventuras en casa de Mauricio?—Ronconi se reía.